





COLECCIÓN HISPANIOLA, 21

PROFUNDO ORIGEN

## Agradecimientos

A Francisco Ruiz Sánchez y Magdalena Valenzuela Guzmán, que sostienen y potencian desde [www.huelma.org](http://www.huelma.org) el patrimonio histórico, cultural y fotográfico de esta localidad. Todas las imágenes proceden de esta fuente, excepto la fotografía que abre el capítulo titulado Lógica incomprensible, obra de Felipe Díaz Pardo.

A Rocío Domingo Ortega, por la fotografía de cubierta, «Montes Orientales», finalista del 25 Concurso fotográfico del Día Mundial del Medio Ambiente, convocado por la Junta de Andalucía.

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2019

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-121003-0-3

Depósito legal: AL 2172-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE  
DÍAZ PARDO

---

PROFUNDO  
ORIGEN

Viaje a un verano  
de infancia



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



*A todos aquellos a los que se  
les toma prestado un instante de su  
intimidad para hacer de sus vidas  
ajenas la nuestra propia.*





*Los recuerdos son hoy botes abandonados  
de gases venenosos en los antiguos campos  
de batallas cubiertos por las flores.*

Joan Margarit



## ÍNDICE

Nota del autor	13
I. Iglesia	19
II. La partida	25
III. El palacio de los sueños	41
IV. Genealogía	55
V. Lógica incomprensible	63
VI. Ciudad de provincias	71
VII. Presentación oficial	87
VIII. El castillo, el amor y la muerte	101
IX. Haciendo amigos	111
X. Las migas del tío Ambrosio	121
XI. Pelea de carneros	135
XII. Pipermin	153
XIII. El regreso	167



NOTA DEL AUTOR  
A LA PRESENTE EDICIÓN

*P*rofundo origen ve la luz por segunda vez en poco tiempo, apenas cinco años, gracias a la generosidad y gentileza de la editorial almeriense Confluencias, tan cercana geográficamente al mundo que cuenta, pero sin nombrar en ningún momento sitio alguno ni identificar a los seres que por el libro transitan con persona alguna en concreto. Así como los recuerdos vienen y van en el devenir de nuestra memoria, así este volumen vuelve a tomar impulso en esta edición en la que la evocación ficticia de un tiempo pasado se ilustra con lugares que pueden ser reales o pueden no serlo y donde cada historia encuentra, dibujado con el pincel de la remembranza, un posible escenario.

La primera vez que *Profundo origen* se publicó fue gracias también al esfuerzo realizado por Alfasur, pequeña editorial de Pinto —pueblo cercano a Madrid, territorio que bien conozco—, que se atrevió con la proeza de imprimir un par de centenares de ejemplares para dar satisfacción al autor.

Ahora, revisadas sus páginas para este nuevo estreno, sigo sin encontrar la etiqueta, sobre el género o el subgénero, que podemos colocar a este libro bajo su título. Porque no puedo afirmar que sea una novela, a pesar de que cuente con un hilo argumental común a todos los capítulos que se hilvana a través de su protagonista o haya cierto desarrollo de su inmadura personalidad; ni tampoco puedo justificar que cada una de las secuencias que se incluyen en cada capítulo, que cuentan con un principio y un final, constituyen un libro de relatos. O, incluso, una colección de estampas costumbristas, más o menos conectadas por el escenario en el que se desarrollan. Y puede ser, también, las tres cosas a la vez.

En cuanto a su contenido, tampoco nadie puede asegurar que lo que se cuenta aquí sea una historia totalmente inventada o fruto de recuerdos más o menos trastocados, de argumentos que reposan en la mente de quien escribe y que, de pronto, saltan al papel a través de la manipulación que permite la imaginación. Ficción o autoficción, argumento real o novelado, un pequeño detalle que poco importa a nuestro propósito.

Y es que para el que escribe, tan real es la vida propia como las de los demás y las que se inventa. De todas se nutre y alimenta y, a veces, todas se confunden. Tal vez sea eso lo que suceda en las páginas que siguen, donde el que cuenta junta en un solo discurso lo que ha vivido, lo que ha presenciado o lo que ha imaginado, dando una nueva y renovada identidad a unos personajes que, sin haber contado con una biografía verdadera, podrían haber existido o haber inspirado otros comportamientos parecidos; que sin haber conocido el momento concreto donde el escritor los ha instalado, son ya los dueños del instante que protagonizan.

Todo se confunde en la mente creadora del que toma la pluma para rememorar un pasado más o menos cierto, pero que toma forma en la letra escrita y se constituye también en un viaje en el tiempo, un viaje en un verano de infancia, porque ¿qué es la memoria, sino una manera de regresar, a través de la mente, a un tiempo anterior montado sobre la cabalgadura del recuerdo? Es un traslado que realizamos rememorando y, en parte, inventando, un pasado que, en el caso de *Profundo origen*, recorre un momento concreto de una niñez que finaliza, de un verano que empieza y termina con la precisión de un periodo determinado, el que viene marcado por unas vacaciones, convirtiéndose en un pedazo más de nuestra existencia que hemos manejado a nuestro antojo, con las imprecisiones y licencias que permite la inventiva.

Andamos mientras vivimos, decía el poeta. Y también vivimos mientras recordamos, podríamos continuar diciendo nosotros. Camino y remembranza, tránsito y permanencia son conceptos que, entre otros, hemos intentado unir en *Profundo origen* para dar sentido y explicación a determinados momentos por lo que discurre el relato de nuestras vidas.

Dicho todo esto, lo que importa es lo que el lector dictamine con su lectura acerca de la autenticidad de lo narrado, sin preocuparse por lo que, de cierto o inventado, puede haber en unas vidas que pueden ser también las de todos, en una porción de tiempo que también puede ser el suyo. La esencia de cada uno de nosotros se construye de recuerdos ya escritos y de un futuro incierto para el que siempre nos mostramos expectantes. En nosotros está la posibilidad de jugar con todo ello y reescribirnos. Siempre es posible encontrar en las intrigas

Nota del autor

que leemos algo que nos convierta en los protagonistas de sucesos propios o ajenos, que nos eleve a la categoría que todo personaje desea alcanzar: la de los verdaderos artífices de la invención. Esperamos que así sea.

Felipe Díaz, agosto de 2019.



VIAJE A UN VERANO  
DE INFANCIA



I  
IGLESIA



*De sólida y vetusta apariencia, parecía la hermana gemela y más pequeña de la catedral de la capital de la provincia, engendada por el mismo arquitecto, un tal Andrés de Vandelvira, allá por el siglo XVI, momento estelar de un Renacimiento difícil de recuperar.*



**L**a chispa que provoca una cadena de evocaciones necesarias para nutrir de recuerdos una historia —a veces fingidos, a veces no— alusiva a momentos pasados puede saltar de la manera más imprevisible e inesperada.

Así sucedió el día en que, tecleando nombres y términos en un buscador de internet, di con una foto. Primero me introduje casi al azar en la página web de algún ayuntamiento u organismo oficial de la comarca que me interesaba para mis indagaciones. Luego, a través de ella, debí de acceder a algún blog de un miembro de aquel municipio, empeñado en mantener viva la memoria colectiva, el cual recogía testimonios y restos de antiguas estirpes locales, las que dan sentido y abolengo a todo un pueblo.

De ese modo encontré aquel retrato de tonos grises, impregnado de la apariencia antigua que aporta el color sepia de las superficies que otros tiempos fueron blancas. Compuesta de forma simétrica, mediante la perfec-

ta colocación de todos los personajes del cuadro, en el conjunto resaltaba la figura de la abuela, ocupando la parte alta del triángulo formado con la estudiada disposición dada por el fotógrafo a cada uno de los integrantes de la familia que posaba ante de él.

A pesar de la indeterminación temporal de aquella estampa, pude calcular sin dificultad la fecha aproximada en que aquellas personas de apariencia antigua, dos adultos —el matrimonio— y cuatro niños —sus vástagos—, permanecían inmóviles para una posteridad que en ese momento se materializaba y se hacía patente ante mis ojos. La foto habría de ser disparada en torno a 1920, teniendo en cuenta la edad con que la abuela aparecía toda seriecita y formal en el centro del rectángulo, y a tenor de una anécdota que, tanto a mi hermano Santi y a mí, nos hizo reír a carcajadas una tarde de verano de uno de aquellos meses de nuestras vacaciones infantiles, perdidas ya en el tiempo.

En la hora de la siesta, como todos los días, la abuela preparaba los ingredientes necesarios para la pipirrana de cada noche, con la ceremonia y el ritual que convierte en rutina la delectación del manjar más exquisito si tal costumbre se realiza incansablemente día tras día, sin descanso. Cada noche, durante meses, una variada gama de embutidos, fruto de la última matanza, y aquella sabrosa ensalada, si su presencia no fuera permanente, constituían la eterna cena veraniega bajo la luz de las bombillas, amortiguada por las sombras del parral que separaba, en el patio, el suelo de las estrellas.

Santi y yo ocupábamos aquellas horas de obligado destierro en pasatiempos diversos, cuyo mayor mérito se basaba en soportar el aburrimiento con la mayor com-

postura posible. Esa tarde nos dio por la vena cultural y artística y nos dedicamos a enumerar todas las ruinas y construcciones diseminadas por las calles de un pueblo rodeado de una inmensidad de olivares y que pudieran considerarse monumentos de una época pasada. Tras repasar fuentes, molinos, almazaras y nombrar al sempiterno castillo, siempre altivo y dominante sobre nuestras cabezas desde uno de los cerros que circundan el municipio, llegamos a dar en nuestro pensamiento con la iglesia mayor, situada también en la parte alta de la población también. De sólida y vetusta apariencia, parecía la hermana gemela y más pequeña de la catedral de la capital de la provincia, engendrada por el mismo arquitecto, un tal Andrés de Vandelvira, allá por el siglo XVI, momento estelar de un Renacimiento difícil de recuperar.

Fue oír esa cifra por la abuela, sumida en su tarea de despellejar los pimientos rojos que previamente había asado al fuego lento de la cocina de gas, y salir de su ensimismamiento para contradecir nuestros incipientes conocimientos sobre la historia del arte.

—¿Cómo va a ser en el dieciséis, chiquillos? Si yo nací en el trece y ya estaba allí la iglesia.

Las carcajadas hicieron eco sobre las paredes blancas del patio y de ahí surge el cálculo sencillo que aplico ahora para datar la estampa en cuestión. En ella, la abuela debía de contar con siete u ocho años, no más a pesar de su mirada responsable y algo triste. También aparecía enfurruñada la hermana que le seguía en edad y que aparecía sentada sobre el regazo del padre, a la derecha de la imagen. Y más tierno y afable aparecía el gesto del hermano siguiente, que no pudo conocer más edad que la que le proporcionó una juventud prometedora

y brillante que se truncó por una guerra tantas veces descrita. Por último, otro niño de meses sobre el brazo de la madre mira también hacia el objetivo sin saber de momento componer el gesto ante la cámara.

No obstante, y a pesar de la constatación de tantas edades juntas, de tantos proyectos futuros dibujados en los rostros de aquellos seres, la foto no había impedido el crecimiento de aquellos niños y su desaparición también después de decenas de años, junto con sus padres.

Sin embargo, aquella instantánea cumplió la función para la que estaba destinada, que no era otra que la de perseverar en el tiempo para que alguien llegara a verla y poder fantasear sobre las raíces que todos llevamos dentro.